

Paredes que hablan

Por Regina Rodríguez, www.breakfastinbarcelona.com
Fotografía de Neus Casanova, www.de-goma.com

Neus Casanova, interiorista y diseñadora gráfica, ha reformado su casa de Barcelona, en la plaza de la Virreina, y nos invita a conocerla. Acompañamos la visita con un texto de su amiga Regina, que nos hace volver muy atrás en el tiempo. Solamente pueden hablar las paredes que han sido testigos de la vida. Las que hoy nos hablan del pasado, mañana hablarán de nuestro presente.



Por aquel entonces las farolas se encendían a mano. La plaza se iluminaba al anochecer cuando el encargado del gas, vestido con uniforme de terciopelo marrón y gorra de plato, hacía crecer una llama subido encima de una escalera. Las mujeres arrastraban faldas frondosas y los hombres llevaban sombreros de copa y fumaban

con pipa. Los niños jugaban al fresco en una plaza de la Virreina hecha de arena, polvo y piedras. Algunos de ellos esperaban la cena poniendo chapas en la vía para que el tranvía las chafara y así poderlas utilizar como fichas, compitiendo en tres equipos: Moritz, Damm y Vichy. Otros jugaban a beisbol (sí, a beisbol) con pelotas





de papel. Cuando había entierro o misa y los mandaban a sentarse para no molestar, se dedicaban a atar hilos a los picaportes con forma de manos de hierro, que colgaban de las puertas de madera, y los hacían repicar desde el otro lado de la plaza. Y divagando entre rutinas pequeñas, la vida corría entre los balcones, los portales y los comercios de las calles más cercanas. La Virreina tenía vida propia, una rutina trabajadora que poco se alejaba de las escaleras de la iglesia y de las casas con quien compartían patio de recreo.

Detrás de los ventanales de una de las casas de aquella Virreina de polvo y piedras asoman hoy los mismos plataneros. Las puertas que dan al balcón sólo han cambiado de color y la mesa del comedor estaba en el mismo lugar donde hoy hay una con aires nórdicos, encima de las mismas baldosas intactas. Entonces las rutinas diarias dibujaban los colores y los aromas de la casa. Ya desde el recibidor se oía el carbón de encina y, salvo los rayos solares que morían en el comedor, el piso no recibía demasiada luz. Para enfriar la nevera el hijo iba cada mañana a la calle Verdi a comprar una barra de hielo.

la colocaban en la parte de arriba y la dejaban fundirse durante el día. Hoy una Smeg blanca ocupa el lugar de aquella nevera de madera y la cocina en general no ha cambiado mucho. El piso mantiene la esencia de cuando pertenecía a la Calle Esmeralda: el esqueleto imponente en forma de ladrillos marrones, baldosas hidráulicas y techos altos con vigas de pino. La luz se cuelga por los balcones de hierro desde donde miraban a las novias bajar las escaleras de la iglesia, y se derrama por todo el piso hasta llegar a la entrada. Se respira paz y calidez, y mires donde mires cuesta encontrar algo que no sea bonito.

Ya no huele a encina y la oscuridad se ha desvanecido en esta mañana de junio. Noventa años después de que la Virreina estuviera hecha de tierra y se iluminara con el fuego de un hombre vestido de terciopelo marrón, una banda de amigos desayuna en sillas de colores y formas diversas. Entre quesos, croissants y zumos de tomate, las paredes siguen escuchando, silenciosas, el nuevo relato que se escribe en cada rincón.